

nifiesta una lúcida capacidad investigativa, sino un espíritu comprometido, crítico y no dogmático. En síntesis, obra recomendable para obreros, estudiantes o simplemente lectores inquietos en la búsqueda de datos que no oculten la realidad (1). ■ **MARIA VICTORIA REYZABAL.**

(1) Para los interesados en esta temática, ver «Canarias... a lo claro», obra en la que colabora el mismo autor, Editorial Popular, Madrid, 1980.

LOS BASTIDORES DE LA HISTORIA

NO encuentro en absoluto casual la elección del motivo de portada de este libro (1). Esa serie de diez sellos representando a otros tantos Reyes españoles —la dinastía más inmediata de nuestra historia— pueden haber sido seleccionados por el azar, forzado el portadista a elegir entre una serie de alegorías más o menos sugerentes. Acaso fue un destello feliz o una última apresurada necesidad. No importa ya (no importa aquí: quédense la sugerencia los estudiosos del signo gráfico). Lo cierto es que esta recurrencia filatélica de la portada me parece perfectamente intencionada: el libro está escrito con una minuciosidad y parsimonia de coleccionista, y no precisamente por su estilo, a veces galopante y desencadenado, sugestivo y vibrante, sino por la paciencia que se adivina tras las anécdotas y sucesos que dan forma a esta «pequeña historia» de los Borbones. El autor se ha entretenido en los aledaños de los documentos, en los rincones menos frecuentados de los archivos y en los entresijos siempre desdeñados de las grandes tensiones políticas, las grandes conquistas bélicas, las grandes declaraciones y estrategias. Cabezas ha marginado la «grandeza» de la Historia en favor de la pequeñez de la vida cotidiana, pero sin perder la tercera dimensión de la perspectiva caballera, tan apta

para proyectar objetos reducidos, en la cual todas las líneas de fuga terminan por unirse en este punto imaginario que no es el resultado, pero lo sintetiza. Y todo ello, todo este artificio de detalles minúsculos, traspasado por una pasión entomológica que no se queda en la simple neurosis del ocio atento, sino que apunta, por un lado, a la imposible definición de la Historia, o quizás mejor, de los diversos métodos de enfrentarla.

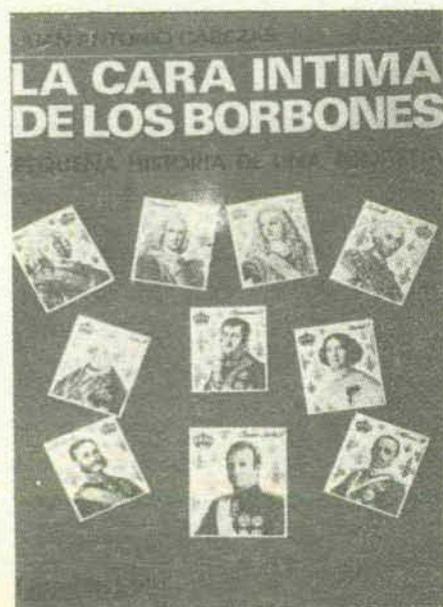
Si la producción histórica es la producción de sentido, resulta obvio que tal «sentido» —esto es, tal pretensión de inteligibilidad— deba buscarse por aquellos caminos que más rápidamente nos acerquen a la meta que en cada caso se persiga. Caminos coincidentes siempre en aquel esquema de perspectiva caballera que más arriba se indicaba. Pueden ser los de las llamadas historia «original» y «objetiva», o el difícil —descalabrado y tantalizado— tránsito a la «filosofía de la historia». En cualquier caso, acabárase siempre incurriendo en la lúdica veleidad de Hegel: «historiador es el que a partir de lo que ha sucedido ya en la realidad y ha sido superado por ella, de lo que está disperso en recuerdos subjetivos y fortuitos y ha sido conservado solamente en fugitivas reminiscencias, compone un todo y lo deposita en el templo de Mnemosine para conferirle una duración inmortal».

Mnemosine —memoria—, como madre y síntesis de las nueve musas que nos han de conducir, a través de sus respectivos sende-

ros, símbolos y negligencias hasta acercarnos a la gran metáfora histórica Búsquese su segundo término en la heterodoxia —«errante aventura del no ser en pos de una oportunidad para poder manifestarse por sorpresa y sin riesgo a consolidar la figura antagónica» (Cueto Alas)— o simplemente en los deslucidos ropajes y olvidados trozos de cartón piedra que han quedado entre bambalinas caídas y luces apagadas después que los protagonistas olvidaran el sonido de las palmas y silbidos (la euforia premeditada de los alabarderos). A la larga —aunque la búsqueda se hubiese orientado, **comm'il faut**, por la brújula de la racionalización científica—, el resultado habrá de ser desconcertante y, ya que no «inexacto», sensiblemente descabalgado del propósito inicial. ¿Homero o Tucídides? ¿Pirenne o Michelet? Al cabo, siempre Hegel: «la consideración filosófica no tiene otro objetivo que el de proscribir la contingencia».

La contingencia, es decir, la búsqueda del sentido a través de los datos no enteramente fidedignos o de las realidades no necesariamente determinantes del irreverente ringorrango bautizado como Ciencia, Orden o Verdad —esquemáticas mayúsculas—; la contingencia marca desde su primera página a este libro sobre la «cara íntima» de los Borbones.

Juan Antonio Cabezas, polifacético y prolífico —(su bibliografía) «alcanza los cincuenta volúmenes, entre novelas, biografías de personas y ciudades, libros de viajes y de muy diversa índole, sin cesar en sus trabajos periodísticos»—, intenta con este libro mostrarnos algo de lo ocurrido entre bastidores, persiguiendo desvelar irónica y subrepticamente la cara oculta de los casi tres siglos que, bajo su lupa de filatélico habituado a descubrir diferencias de tintada y desgarros del dentado, se nos muestran a través de las intrigas paláciegas, los guñones tras las cortinas, los cuchicheos en las esquinas, los chascarrillos de las tertulias, los secretos de alcoba, los susurros de trastienda, los pormenores de la gastronomía, los caprichos del vestido, las letrillas de ciego y el palimpsesto del rumor, la cábala, la calumnia y el correveidile, en fin,



(1) Juan Antonio Cabezas, *La cara íntima de los Borbones (pequeña historia de una dinastía)*, Editorial San Martín, Madrid, 1979.